

lar de la casta militar contra los extranjeros; era creencia general que arrojaría á estos de Egipto ó, por lo menos, que los tendría fuertemente á raya; pero las esperanzas concebidas al ver que levantaba el «campamento» de Bubastis quedaron desvanecidas cuando se supo que trasladaba á los mercenarios jonios y carios desde allí á Menfis, para asegurar de esta suerte la posesion de la mas importante ciudad egipcia. Limitó la libertad de accion de los comerciantes extranjeros é hizo desaparecer las factorías que estos habian fundado en distintos lugares; pero en cambio cedió á los griegos un territorio en el brazo occidental del Nilo, pocas millas distante de Sais, donde pudieron adquirir terrenos y fundar una ciudad al estilo griego. Así nació Naucratis, «la poderosa navegadora,» que en lo sucesivo fué el único centro del comercio griego en Egipto (1) y el único punto donde podian desembarcar sus géneros los buques mercantes. «Si alguno llegaba á cualquier otra de las desembocaduras del Nilo tenia que jurar que no arribaba á ella voluntariamente y dirigirse con su barco hácia la desembocadura Canópica. En el caso de que los vientos no permitieran volverse atrás, los géneros debian ser conducidos en lanchas hasta Naucratis, dando para ello la vuelta á todo el delta.» La ciudad desplegó muy pronto una vida rica y exuberante y consiguió rápido florecimiento; su carácter era exclusivamente helénico; así es que entre los muchos objetos sacados de sus ruinas, apenas se ha encontrado uno que llevara impreso el sello egipcio. La influencia egipcia solo aparece en contados objetos de arte, tales como figuras de negros y un modelo de casa. La constitucion de la ciudad era una copia de las que regían en las ciudades jónicas. Un canal construido en la parte Oeste de la poblacion permitia la comunicacion directa con Menfis y con el Alto Egipto. De todos los lugares griegos que traficaban con Egipto juntáronse allí comerciantes, como de las ciudades jónicas de Chio, Teos, Focea y Clazomene, de las dóricas Rodas, Gnido y Halicarnaso, de la faselis licia y de la eolia Mitilene, constituyendo un gran distrito sagrado circundado por gruesos muros de ladrillo que encerraba los templos, un gran almacen y de seguro tambien un recinto para mercado y otro para asamblea, que al propio tiempo podia servir de defensa. Las ciudades mas importantes de cuantas comerciaban con Egipto, tales como Egina, Mileto y Samos, tenian cada una su distrito especial consagrado á sus principales divinidades. Mileto era la que mas interés tenia por Naucratis, y por eso una version popular considera despues á esta ciudad como una simple colonia milesia.

A pesar de todas las limitaciones externas, es indudable, y así lo comprendieron los mismos griegos, que Amasis les dió mucho mas de lo que les habia quitado, debido esto á la conviccion que tenia de que no podia prescindir de los guer-

(1) Los restos de la ciudad, hoy monton de escombros conocido con el nombre de Nebire, fueron descubiertos por F. Petrie, por encargo de la *Egypt Exploration Fund*, siendo por él publicados los admirables resultados de las excavaciones hasta entonces llevadas á cabo (*Naucratis, part. I*. Londres, 1886). Viendo que en las últimas capas de tierra se encontraban escarabajos de los primeros soberanos de la vigésima sexta dinastía y que, en cambio, no parecia uno solo de Amasis, creyó que Naucratis habia sido fundada por los griegos en 650 y quizás antes. Los argumentos que en pro de esta version aducen otros autores y en primer término Basenscherben no son convincentes y me parece que G. Hirschfeld (*La fundacion de Naucratis*, Museo Rhiniano, XLII, 209) ha demostrado no existir razon alguna para dudar de los datos concretos de Herodoto. Es, sí, probable que antes existió allí alguna factoría. — Naucratis, como todas las colonias griegas, tiene su leyenda de fundacion, que Apolonio de Rodas trató poéticamente en el siglo tercero: Ateneo, VII, 283, No puede asegurarse si Policharmo de Naucratis afirma en su escrito sobre Afrodita (Ateneo, XV, 675) que la ciudad existía realmente en la vigésima tercera Olimpiada (688 antes de J. C.) ó si hubo en ello error de escritura; de todas maneras lo que refiere no es historia sino leyenda.

ros y de los comerciantes helenos. Este proceder disgustó en extremo á los egipcios: en los fragmentos de un documento demótico del tiempo de los Tolomeos que suele calificarse de crónica, por mas que no contenga una narracion coherente, se echa en cara á Amasis el haber despojado de sus rentas á los templos de Menfis, Heliópolis y Bubastis y de una parte de su territorio á Sais para pagar con todo ello á los mercenarios. Este despojo de que fueron víctimas los sacerdotes ó los dioses se calculaba en 60,532 y $\frac{1}{2}$ pedazos de plata, amén de muchos granos, terrenos, etc. (2). Es un hecho tan característico como perfectamente explicable el de haber Amasis destinado á objetos mas prácticos una parte de las cuantiosas sumas que anualmente se aplicaban á las necesidades religiosas, lo cual no impidió naturalmente que construyera magníficos edificios consagrados á los dioses en Sais, en Menfis y en otros lugares.

Tambien en el exterior solicitó Amasis la alianza de todos los Estados griegos, manteniendo amistosas relaciones con Polícrates de Samos, el soberano mas poderoso del mar Egeo, y con Cirene, de donde procedia una griega llamada Laodicea que figuraba en su harem. Con el reino lidio, cuyas relaciones con los griegos eran aun mas íntimas, subsistió la antigua amistad anudada por Psammético y Giges: los intereses de Lidia y los de Egipto eran idénticos. Amasis regaló una magnífica cota de armas á los espartanos, que entonces empezaban á adquirir importancia; hizo ricos presentes á los templos de Cirene, Samos y Lindos, y cuando un incendio destruyó en 548 el templo de Delfos, contribuyó á los gastos de su reconstruccion. Es evidente que con todo ello procuraba granjearse entre los griegos un firme apoyo de su poderío. Hasta en esto vemos cómo se abre paso el estado de cosas del tiempo de los Tolomeos, durante el cual Egipto fué en primera línea una potencia marítima y tendió á enseñorearse del Mediterráneo oriental y á encadenarlo á sus destinos por medio de beneficios perfectamente calculados.

Ya se comprenderá que Amasis gozó de gran popularidad entre los griegos, que por espacio de mucho tiempo conservaron de él grata memoria; desde el primer momento figuró entre los hombres mas célebres por su perspicacia y experiencia que se agrupaban alrededor de Solon, Creso y los Siete sabios, y de los cuales se decia que mantenian entre sí amistosas relaciones personales.

CAPITULO VI

DOMINACION DE LOS PERSAS

Mientras vivió Nabucodonosor (604-562), la amistad que la lucha contra Asiria habia engendrado entre Babilonia y Media subsistió, si no completamente, por lo menos sin abiertos rompimientos. Lidia y Cilicia habian entrado en 585 á formar parte de la alianza, y desde el año 568 vivian en paz Egipto y Babilonia. Parecia que en el seno del mundo civilizado oriental se iba estableciendo un estado de tranquilidad permanente, una nivelacion entre las distintas potencias. La muerte de Nabucodonosor en nada alteró esta situacion ni estalló la guerra entre Media y Babilonia, que con tanto afán esperaban los profetas judíos.

Pero en el año 550 el poderoso imperio medo se vió de repente destruido: uno de sus príncipes vasallos, Ciro de Persia, empuñó las armas contra el rey Astiages, le hizo prisionero y se apoderó de su capital Ecbatana. El imperio persa pasó á ocupar en la historia el puesto que hasta entonces habia correspondido á los medos.

(2) Revillout: *Revue Egypt.*, tomo I, pág. 59; tomo III, pág. 105.

Este suceso cambió por completo la faz del mundo. Ciro era un príncipe ganoso de hazañas, y el pueblo persa, un pueblo casi virgen, ansioso de luchar y de vencer y entusiasmado por una doctrina religiosa pura. Los tratados firmados por los reyes medos no fueron bastantes á contener á Ciro; el temor á sus ulteriores empresas, el deseo de conservar incólume el antiguo estado de cosas, y quizás tambien el afán por ensanchar sus propios reinos, hicieron que se unieran todas las potencias contra él, formando, en 547, Creso de Lidia, Nabonedo de Babilonia y Amasis de Egipto una coalicion, de la que formó asimismo parte el Estado espartano. Creso rompió las hostilidades en la primavera del año 546.

Las cosas, sin embargo, tomaron un sesgo muy distinto del que la coalicion se habia imaginado: en efecto, antes de que llegaran los contingentes de los aliados — el dato de Jenofonto de que Creso dispuso de tropas auxiliares egipcias que luego Ciro estableció en la Eólida, parece fundado en un error, — Creso fué derrotado, encerrado en Sardes y hecho prisionero. Una sola campaña habia bastado para destruir su reino y ponerlo bajo la soberanía de los persas.

Muy escasas son las noticias que tenemos acerca de los acontecimientos políticos que posteriormente acaecieron; esto no obstante, creemos fuera de toda duda que Amasis intentó, por lo menos, defender á Babilonia, aunque con muy poco éxito. A fines de 539 Babilonia cayó en poder de Ciro, y en los años siguientes el rey persa completó la sumision de Asia desde el Mediterráneo al Indo y á las llanuras del Turan. Egipto quedó aislado, no dudando nadie de que tambien á él le llegaria su vez. Muerto Ciro en la lucha contra los nómadas del Turan (529), su hijo Cambises apercibiéndose para la conquista de Egipto; esto no obstante, la suerte fué fiel á Amasis hasta sus últimos momentos, pues murió en 525 despues de cuarenta y cuatro años de reinado y antes de que comenzara el ataque de los persas, no sin llevarse á la tumba grandes temores por la suerte que á su hijo Psammético III (en Herodoto Psammenito) le estaba deparada.

Entretanto avanzaba Cambises al frente de un formidable ejército. Desde que Fenicia y el Asia Menor griega obedecian á los persas, los egipcios habian dejado de ser los soberanos del mar. Una numerosa escuadra protegía el avance de los persas, y hasta los príncipes de Chipre y Polícrates de Samos (1) se habian pasado oportunamente al campo de Cambises. Un fugitivo griego, Phanes de Halicarnaso, que con grandes trabajos se habia librado en Licia de los perseguidores que en busca suya habia enviado Amasis, se puso al frente del ejército mientras los árabes de la península del Sinaí atendian, como en tiempo de Assarhaddon, al servicio del agua y de los camellos. Sin contratiempo alguno se realizó la marcha por la costa al través del desierto. El ejército egipcio esperaba el ataque en Pelusio: los mercenarios, que habian tomado de Phanes cruel venganza asesinando ante sus ojos á sus hijos, sentian verdadero furor por pelear. Pero trabada la batalla, los egipcios fueron completamente derrotados, patentizándose de nuevo que sus fuerzas militares, á pesar de los auxilios extranjeros, no estaban á la altura del ejército asiático (2). Psammético III quiso sostenerse en Menfis, pero despues de una corta resistencia tuvo que rendirse esta populosa ciudad.

(1) Con este hecho se enlaza la conocida narracion griega que supone que Amasis, indignado por la eterna fortuna del tirano, que hacia prever una espantosa catástrofe, retiró á éste su amistad. Esta narracion ha sido tergiversada por Diodoro (I, 95) de una manera muy característica para la posterior historia griega, suponiendo que Amasis se enfureció contra Polícrates por la crueldad con que éste trataba á sus vasallos.

(2) Segun Ctesias, que llama al último rey de Egipto Amyrteo, el poderoso eunuco de éste, Kombaphes, entregó á los persas los puentes y las posesiones de los egipcios, accion que le valió ser nombrado por Cambises sátrapa de Egipto.

Herodoto refiere que sufrió un terrible castigo por haber los menfitas atacado y asesinado á la tripulacion de un barco de Mitilene que iba á proponerles la capitulacion. Psammético, á quien en un principio se prodigó un esmerado trato, fué luego ejecutado por haber querido promover un nuevo levantamiento; segun Ctesias, el último rey de Egipto fué internado en Susa con 6,000 de sus compatriotas que pudo libremente escoger. Si hemos de juzgar por el modo de proceder usual de los persas, que respetaban y perdonaban á los adversarios de su misma categoría, debemos considerar como mas verídica esta última version.

El imperio de los Faraones sucumbió, pues, sin gloria en el verano del año 525 antes de J. C. Los persas no encontraron ya resistencia alguna en Egipto, sometiéndoseles espontáneamente apenas tuvieron noticia de la catástrofe de los libios, los griegos de Cirene y de Barka y los oasis. Una expedicion que desde el gran oasis y al través del desierto envió Cambises al Amonium de Siwa fué, al parecer, sepultada por la arena, y en cuanto á la que el rey persa proyectaba contra Cartago, hubo de renunciar á ella porque los fenicios se negaron á prestar sus contingentes para combatir contra sus compatriotas. En cambio organizó una contra el reino etíope (524) que, segun la relacion egipcia inserta en Herodoto, fué completamente infructuosa; pero este mismo autor griego dice en otro lugar que Cambises sometió á los etíopes de las fronteras egipcias, sabiéndose, además, que en tiempo de Darío estos pueblos daban sus contingentes á los persas y les pagaban cada dos años un tributo consistente en dos medidas de oro en bruto, doscientas vigas de ébano, veinte colmillos de elefante y cinco esclavos. Es mas, el mismo Darío llama vasallos suyos á los kuschitas, y un pueblo situado entre la segunda y la tercera catarata lleva aun en tiempo de los romanos el nombre de «mercado de Cambises». El rey persa avanzó probablemente hasta Napata, renunciando á proseguir su marcha al través del desierto por las pérdidas que el intento le habia ocasionado. La narracion de posteriores autores griegos que suponen que Cambises fundó á Meroe, dándole el nombre de su hermana, es pura fábula; lo posible es que su campaña contribuyera á que se trasladara á Meroe el centro del reino etíope.

Del mismo modo que Ciro en Babilonia, presentóse Cambises en Egipto como sucesor de los reyes indígenas: apropióse los títulos de estos con todos los indispensables calificativos, purificó el templo de la Neit de Sais, lanzando á los extranjeros que en él habian penetrado, devolvióle sus fundaciones y rindió personalmente homenaje á la diosa, todo lo cual no impidió que con el botín fueran llevadas á Persia muchas imágenes de divinidades. Tampoco es muy inverosímil que Cambises al visitar los templos hiciera burla — segun refieren los egipcios — de la religion egipcia, que debia de parecer á los persas extraña é indigna, y que diera muerte, sea llevado de su cólera, sea para probar adónde llegaba su divinidad, al buey Apis, que fué enterrado en 524. Los egipcios pintan á Cambises como un tirano demente y rechazado por los dioses y cuentan de él que descargó su cólera sobre el mismo cadáver de Amasis, cosa á que difícilmente puede darse crédito (3). Mas tambien las tradiciones persas nos hablan de las salvajes borracheras de Cambises y de las terribles explosiones de su cólera. Cierto que el retrato que la tradicion nos hace del soberano persa peca de alguna exageracion, pero en el fondo es exacto ó por lo menos así parece deducirse de la confrontacion de las distintas narraciones.

No es de nuestra incumbencia examinar la suerte que pos-

(3) Las posteriores generaciones se acostumbraron á atribuir á Cambises la destruccion de todos los edificios que las guerras ó el tiempo habian convertido en ruinas.